

disparaban a una de mis piernas, los Jedi trataban de cercenarme y el T-Rex, tras comerse al Estegosaurio, mordisqueaba mi pantorrilla izquierda. Mis torpes manotazos no atinaban a ninguno de los atacantes y el bullicio, el dolor y el frenesí del combate impedían que pudiera orquestar algún tipo de contraataque eficiente; estaba destinado a ser liquidado. Sin embargo, una esperanza. La X-Wing se quedó sin torpedos y recobré la visión, pero por corto tiempo; el Guasón se abalanzó sobre mis ojos y procuró cegarme a manotazos. Logré cogerlo con mi mano y lo lancé contra el oscilante Batman, como era de esperar se enfrascaron en su propia riña. Con el rostro libre pude ver que el Halcón Milenario se abalanzaba contra mí, lo detuve a tiempo; lo sostuve con ambas manos y logré estrellarlo contra la X-Wing, que volvía tras recargar sus misiles. Ambos cayeron y aplastaron a los Stormtroopers. Me puse de pie y, tras un sacudón, los Jedi cayeron de mis extremidades. El T-Rex, atraído por los sables, los persiguió y los devoró sin piedad y sin importar sus armas futuristas, luego de ello pude patearlo y noquearlo. Me recompuse y observé el suelo de mi cuarto, el campo de aquella épica gesta estaba plagado de juguetes inconscientes. Había vencido.

Luego del brutal combate, salí de mi alcoba y encontré a la libertadora atada y paralizada por el miedo. Tras desamarrarla, se abalanzó sobre mí, me sostuvo el rostro y exigió que me deshiciera de los juguetes. Obedecí. Los encerré a todos en una gran caja y los envié lejos, bajo la jurisdicción de otro esclavo indulgente que esté feliz y dispuesto de sucumbir ante la dictadura. Realicé aquella impía labor una última vez y, con esto, creí haber sellado mi independencia perennemente, pero no fue así. Sin saberlo, al obedecer aquel pedido tan sumisamente, había sellado mi destino, había aceptado el obedecer sin protestar cualquier orden que fuera dada por la nueva dictadora. Ahora estoy condenado a ser víctima de un yugo abusivo e inescapable. Estoy destinado a que mi vida esté regida por una interminable cadena de dictaduras esclavistas que, hoy por hoy, prolonga, sin miramiento alguno, la criatura de los deliciosos soniditos.

UN LIBRETO ÍNTIMO

María Paula Colmenares

Una foto guardada en su diario la había hecho recordar ese verano: inolvidable. La imagen la transportó a aquel momento, cuando ella había sido la estrella. Veía esa sonrisa en su rostro que reflejaba la ilusión del primer amor.

Se recordaba tímida y paliducha. Viviendo la mitad de su vida con los pies en la tierra y la otra, colgada de las nubes. Las artes escénicas siempre fueron su pasión. Sentir los aplausos, la emoción al salir a escena, la transportaban a un mundo mágico, aunque en la mayoría de las veces, Luana tenía un papel de asistente para encargarse de las luces y de abrir y cerrar el telón. Y, oculta tras bambalinas, repetía cada uno de los diálogos, llegando incluso a soplar guiones para salvar a los protagonistas de papelones escénicos.

En su memoria, figuraban personajes viviendo intensamente la trágica historia de amor de *Romeo y Julieta*.

¿Y quién era Romeo? Un chico de pelo ensortijado, tez bronceada y mirada pícaro. Andrés parecía ser el clásico “suferito”, el más popular de la promoción y el amor platónico de muchas.

A horas del estreno, el director decidió ensayar una vez más la escena del balcón, pues Romeo no se mostraba apasionado, olvidaba e intentaba improvisar su guión. Así que, mientras esperaron que Carola, la típica chica popular egocéntrica y explosiva, quien representaba a Julieta, suba al balcón, le indicó a Andrés que practique por enésima vez sus líneas con la ayuda de Luana.

Afuera, en los jardines del colegio...

—A ver, vamos a practicar —Luana empezó a leer sus líneas—: “¿Y quién eres tú que, en medio de las sombras de la noche, vienes a sorprender mis secretos?”.

—“No sé de cierto mi nombre, porque tú...” mmm ¿aprendes?

—“A - bo - rre - ces” —le reprochó con tonito burlón. —¿Por qué no te lo memorizas todavía, ah?

—No seas mala.

—Intentemos otra vez.

Andrés quedó mirándola fijamente.

—Este... te voy a decir la verdad.

—Si quieres contarme, yo seré una tumba.

—Soy disléxico. Se me confunden las letras cuando trato de leer mis líneas, por eso improviso.

—Ahh, con razón. No te preocupes, no le voy a decir a nadie.

—Bueno, ya tenemos un secreto tú y yo. —le dijo mirándola con sagacidad.

—Mira: yo las leo y tú repites hasta aprendértelas, ¿ya? Sigue con la parte de “Si de tu palabra me apodero”.

—“Si de tu palabra me apodero, llámame tu amante, Luana, y creeré que me he bautizado de nuevo, y que...” ¿qué sigue?

—“... he perdido el nombre de Romeo”. En la vida real no soy tu Julieta, Romeo. —aclaró riéndose y prosiguió. —“¿Y quién te guió aquí?”

—“El amor que me dijo dónde vivías”. Oye, ¿y dónde vives, ah?

—Andrés, es obvio que sabes dónde vivo, ieres mi vecino! —le dijo entre carcajadas.

—Jajaja, sí sé, te estoy fastidiando. Ya, mira, creo que me lo aprendí.

Recitó todo el guion perfecto, ella le sonrió.

—¿Te han dicho que tienes una linda sonrisa?

—¿Por qué nunca le das el beso a Carola?

—¡Me tiene harto! Todo el día me dice: “¡Andrés, ya apúrate, el beso!” —los dos rieron.

—¡Pero si es solo una actuación!

—Sí, pero no me gusta Carola. La chica que me vuelve loco me ignora y no me deja conocerla más, ¿tienes alguna idea de quién es? —le dijo con una sonrisa pícara.

—Mmm... Supongo que ya me enteraré —le dijo mirándolo de reojo.

Mientras Andrés y Luana practicaban, las amigas de Carola los espían.

—Carola se muere si se entera que “su” Andrés está pasándola muy bien con Luana. Le mandaré una foto para que se entere.

—¡Aaaaaaaah!! —gritó Carola al ver la foto enviada a su Blackberry —¡Andrés es mío y no me lo van a quitar!!

La rabieta que le produjo la foto, mezclada con los nervios del estreno, la impulsaron directamente a su cartera, de donde extrajo tres pastillas “Excedrín extra fuerte”, una dosis excesiva, que condujo a un nuevo problema tras bambalinas.

Llegó por fin la hora del estreno y la primera parte salió perfecta, a pesar de que Carola parecía muy cansada y soñolienta debido a los estragos de los tranquilizantes. Durante el intermedio, Carola no pudo ni subir la escalera al balcón, empezó a reír sin parar y a balbucear palabras sin sentido. De pronto, empezó a tambalearse hasta caer al piso quedándose profundamente dormida.

Al borde de la histeria, el director gritó: —¡Luana, entras tú!

No había vuelta atrás. La música cobraba vida y el telón estaba totalmente abierto. Ya en el escenario, la mente de Luana quedó en blanco, no recordaba ninguna línea de la escena. Sentía que todos los ojos del público estaban puestos en ella. Hubiera deseado desaparecer en ese instante. Solo estaría él en todo ese inmenso espacio y los espectadores serían testigos del amor apasionado entre Romeo y Julieta.

Mientras Andrés subía por el balcón, Luana estaba temblando. Su corazón palpitaba con gran fuerza, comenzaba a sudar frío, no se le ocurría qué iba a hacer cuando él la besara. De pronto, unas líneas interrumpieron sus pensamientos. No sabía en qué parte exactamente estaba; sin embargo, solo atinó a decir lo que ella sentía en ese momento, por primera vez intuía a Julieta y la comprendía.

—“Tú... ¿me amas? Si me amas de verdad, dilo con sinceridad” —dijo Luana.

—“Lo juro, amada mía, por los rayos de la luna que platean la copa de estos árboles...”.

De pronto, recordó lo que seguía:

—“No jures por la luna, que en su rápido movimiento cambia de aspecto cada mes. No vayas a imitar su inconstancia”.

Las toscas palmas de sus manos rozaron delicadamente las suyas, entrelazándolas y, entre secretos de balcón, le susurró: —“Te amo, de verdad”.

No sabía si lo que sentía era amor o simplemente una crisis de pánico escénico. Él acarició sus cabellos con suavidad. Sus grandes ojos se cerraban y abrían lentamente mientras sus brazos estrechaban su cintura. Él le dio un beso en la frente: corto, como un rayo.

Acarició suavemente su rostro y, mientras sus labios se acercaban muy despacio a los suyos, sentía su respiración agitada y el retumbar de su corazón.

“Es como en las películas”, pensó Luana. Los labios de Andrés se aproximaron cada vez más a los de ella hasta toparse frente a frente. Ella cerró los ojos. Él la besó...

Volvió en sí cuando escuchó el bullicio de los aplausos y el ruido del telón mientras se cerraba. Luego, cuando quedaron los dos solos en el escenario, sin público que los observase, Andrés se la quedó mirando y tomándola de las manos le dijo:

—Luana..., yo no soy disléxico, fue una excusa para estar cerca de ti... —“pues si de tu palabra me apodero, llámame tu amante, y creeré que me he bautizado de nuevo, y que he perdido el nombre de Romeo”.

Luana rio pícaramente y pensó: “Andrés, la verdad es que no sé si la que te acaba de dar el beso fui yo o Julieta”.